

# LAS PARTICULARIDADES DE LA MILITANCIA FEMENINA EN LA POLÍTICA REVOLUCIONARIA DE LOS AÑOS 70

*Paola Elizabeth Martínez*  
*Universidad Nacional de Luján (Argentina)*  
*fioriopaola@hotmail.com*

## Resumen

Este trabajo es producto del análisis de una organización político-militar de los años 70 desde una perspectiva de género. Por medio del estudio de aspectos relacionados con la socialización y la cotidianeidad dentro del PRT-ERP (Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo) descubriremos diferentes estilos de hacer política –femeninos y masculinos–, cómo se percibían varones y mujeres en sus roles militantes y cómo –a partir de una herramienta de análisis como la historia oral– resignifican ese pasado desde el presente. Analizamos –también– cómo se construía el ideario revolucionario y los límites que se les presentaban a las activistas mujeres al intentar alcanzarlo.

Palabras clave: Militancia revolucionaria, nueva moral, guevarismo, clandestinidad, femenino y masculino.

En un contexto de creciente radicalización de la violencia política en los años 70 muchas mujeres se integraron como militantes revolucionarias. Su participación en la organización político-militar y sus posibilidades de ascenso dentro de la misma estuvieron limitadas por la persistencia de prácticas tradicionales de género en el ordenamiento entre varones y mujeres. Esta situación entró en contraposición con un discurso revolucionario en el que había un fuerte cuestionamiento al orden político, económico y social vigentes, y que se proponía como alternativa la construcción de un “hombre nuevo” inserto en una sociedad más justa e igualitaria (1).

La investigación se circunscribe a la militancia femenina del PRT-ERP en la provincia de Buenos Aires durante el período que va de 1965 hasta 1975. En la presente elaboración nos abocamos a las características que tuvo la militancia revolucionaria de los años 70 en la organización PRT-ERP. A partir del estudio de aspectos relacionados con la cotidianeidad y la socialización dentro de esa organización político-militar descubrimos diferentes estilos de hacer política –femeninos y masculinos–, y por medio, del rescate de sus máximos referentes entendimos cómo se percibían varones y mujeres en sus roles militantes y cómo –a partir de una herramienta de análisis como la historia oral– resignificaban ese pasado desde el presente. Analizamos, también, cómo se construía el ideario revolucionario y los límites que se les presentaban a las activistas mujeres al intentar alcanzarlo.

## 1. El género como herramienta de análisis

Consideramos que el análisis de los proyectos revolucionarios de los años 70 desde una perspectiva de género no sólo nos permite rescatar a las mujeres como actores sociales, sino estudiar a partir de la relación entre los sexos un aspecto de dichas relaciones (2). De esta manera, podemos entender el lugar que se les había asignado a varones y mujeres dentro de la construcción de un determinado orden social. Esto a su vez, contribuye a comprender la naturaleza misma de la construcción del poder (3) en tanto que la lógica del género es un reflejo de la “lógica del poder, de la dominación” (4). De ahí que según Joan Scott *el género es una manera primaria de significar las relaciones de poder* [Scott, 1996: 35]. A partir de esta afirmación Scott argumenta en su análisis que el género es un campo en el cual se articula el poder, ya que a partir del género se conforma toda una serie de representaciones simbólicas que estructuran la organización social y establecen una determinada distribución del poder entre los géneros. Al respecto, podemos decir que el género está involucrado en la misma construcción del poder y nos permitió ver *cómo la política construye el género y éste construye la política* (5).

Por lo tanto, el empleo del género como categoría analítica nos permitió descubrir y analizar la lógica de poder revolucionario y analizar si dichos proyectos representaban un verdadero cambio radical que cuestionara las configuraciones simbólicas basadas en la oposición binaria (hombre/mujer). Esta mirada nos permite entender cómo se constituía en aquel momento el poder en la práctica revolucionaria, las percepciones que tuvieron varones y mujeres de sí mismos y del otro sexo, y las limitaciones que pudieron ejercer esas representaciones en los logros de una transformación radical de la sociedad propuesta por la política revolucionaria en los años 70.

El análisis del origen de la lógica del poder y la dominación nos traslada a otra cuestión como es la dicotomía entre lo privado y lo público, la cual ocupa un papel central en la teoría y lucha política feministas (6). Dicha corriente teórica sostiene la existencia de

dos esferas: una doméstica o privada donde predomina la mujer y la otra pública o política donde se imponen las características masculinas. El argumento central de las críticas feministas consiste que detrás de la doctrina de “*separados pero iguales*”, se constituye una estructura social caracterizada por la desigualdad y la dominación sobre las mujeres por parte de los hombres. Nos propusimos transformar la discusión –dentro del ámbito del feminismo– sobre la dicotomía entre lo público y lo privado, en una herramienta de análisis que nos permitiera comprobar si en la experiencia revolucionaria dentro del PRT-ERP se presentaron divisiones genéricas que imposibilitaron el crecimiento de las mujeres dentro de la organización. Y a su vez, intentamos ver si la militancia se limitaba a un ámbito público o si invadía todos los aspectos de la vida de modo que fuera difícil trazar una diferencia entre lo público y lo personal.

## 2. Una nueva sociedad

El año 69 significó para la Argentina y el mundo un momento de crisis del sistema institucional político hegemónico, durante el cual aparecieron nuevas formas de hacer política así como nuevos valores y principios. Por ende, se establecieron nuevos tipos de relaciones sociales, se crearon y se postularon nuevos proyectos que planteaban la necesidad de un cambio a partir de la adopción de nuevos hábitos sociales.

La aparición de una nueva moral revolucionaria –entendida como producto de la superación de la moral burguesa (7)– era vista como prioritaria y necesaria, incluso previa a la conquista del poder político. Para el PRT-ERP la verdadera revolución residía en cambiar las costumbres, los gustos, “desintegrar la personalidad individualista y volverla a integrar, hacerla de nuevo sobre ejes proletarios” (8). Las nuevas virtudes que darían origen al “hombre nuevo” serían: humildad, sencillez, paciencia, espíritu de sacrificio, amplitud de criterios, decisión, tenacidad, deseos de aprender, generosidad y amor al prójimo (9). Sin embargo, esta caracterización romántica de la clase obrera estaba más ligada a una imagen genérica masculina que femenina. De hecho la experiencia de las mujeres de la clase obrera estuvo marcada por permanentes restricciones por parte de sus compañeros, quienes se transformaban en uno de los principales obstáculos para que las mujeres se desarrollaran en la militancia.

## 3. La militancia

Al hablar con las entrevistadas sobre qué pensaban que era la revolución y las expectativas que las habían impulsado a ingresar al PRT-ERP, muchas de ellas hicieron hincapié en que su ingreso se debía a un deseo de cambio social, aunque sí admitieron ideas marxistas como causa de su ingreso. A su vez, las entrevistadas sostuvieron que aquella militancia idealizada implicaba una entrega absoluta, donde se militaba las 24 horas. En otras palabras, podemos decir que no había una diferencia entre espacio privado y público, la militancia abarcaba todos los ámbitos.

Por otra parte, esta entrega absoluta en la militancia que estaba sostenida por una fuerte convicción en las ideas de cambio social generó fuertes contradicciones entre las militantes y sus familias, quienes no siempre las acompañaron en esta elección de vida. Natalia, militante del PRT-ERP, había abandonado a su familia y en el momento de la entrevista hacía poco tiempo que había comenzado a hablar con sus padres sobre el tema. Ella nos dijo: “muchos abandonábamos la familia, lazos de sangre, nos dedicábamos a la militancia porque pensábamos realmente que eso iba a servir para que el pueblo viva mejor” (10). En otros casos, las testimoniantes consideraron que la militancia empezaba por el propio núcleo familiar donde se integraban familias enteras. Mónica que desarrolló su militancia en La Plata con una familia muy comprometida políticamente y que sufrió persecución política, recordó como colaboraba hasta su abuela –de 105 años– en esta experiencia. Aquí nuevamente volvemos a ver la necesidad de contar con el apoyo y compañía del ámbito privado en este tipo de prácticas y cómo esta actividad se metía en todos los ámbitos cotidianos. En este sentido se cumplía también un lema que proclamaban en la misma época las feministas, *lo personal era político*.

De ahí la razón por la cual la gran mayoría habló de la “coherencia” en la práctica militante. Todas las entrevistadas hicieron referencia a una moral que integrara la vida pública con la privada (11). Un ejemplo de ello era que se les exigía “ser el/la mejor” en la actividad o ámbito donde se desarrollasen. Según el testimonio de un varón militante: “si estudiabas, ser el mejor estudiante, si trabajabas, ser el mejor trabajador, si militabas, ser el mejor militante, si tenías familia el mejor padre, el mejor compañero, ser solidario, básicamente, ser muy solidario en la casa, en la militancia, en el barrio” (12). Este testimonio pone de manifiesto el fuerte nivel de sacrificio que se les exigía, pero por medio de una lectura más fina del relato podemos llegar a importantes conclusiones. No es lo mismo ser un excelente estudiante o militante que un muy buen padre, son distintos tipos de saberes propios de la esfera privada. Fue en el ámbito privado donde este discurso encontró serios obstáculos para su aplicación y fortaleció la división genérica de roles tradicionales. En otras palabras, los varones estaban abocados a su experiencia militante y se comprometían poco con las funciones domésticas (cuidado y crianza de los hijos). Esta situación se profundizaba cuando las militantes estaban casadas o en pareja con varones que integraban cargos directivos. Por lo tanto, sobre las mujeres recaían las

funciones tradicionales del hogar. Esta situación les implicaba un mayor esfuerzo en la tarea de desarrollarse políticamente. Esto se transformó en un fuerte obstáculo para las activistas mujeres, y quedó manifestado en la imposibilidad de ascensos y crecimiento político de ellas.

#### 4. ¿Hombres y mujeres nuevas?

Cuando la mayoría de las entrevistadas hablaron acerca de cómo lograban convertirse los y las militantes en esos “varones y mujeres nuevos” y transformarse en militantes ideales, se refirieron a las sesiones de crítica y autocrítica (13). Aquellas eran charlas en las que el/la militante recibían la crítica del grupo o contaba algún problema para recibir consejo. Las entrevistadas nos manifestaron que se castigaba toda actitud individualista o que pusiera en peligro a los compañeros. Era sancionado todo aquello que tuviera que ver con la debilidad, pereza o egoísmo. Otras de ellas especifican que podían sancionarte por “pérdida de tu armamento, descuido del armamento o por un tema de moral” (14). También hicieron referencia a temas relacionados con la moral conyugal, más precisamente la infidelidad. Este tipo de sanciones tenían relación con la idea de construir una nueva moral basada en una pareja monogámica como base del modelo de familia (15) y con la idea de lograr una coherencia entre las actitudes llevadas a cabo en el ámbito público y el privado. Las entrevistadas también hicieron referencia a que podían ser sancionadas por una cuestión de índole disciplinar. Claudia, que era responsable de un equipo en la fábrica Ford fue sancionada por haberse quedado a cuidar a su hijo: “Yo falté porque mi hijo tuvo un ataque de asma, a mí me sancionaron por eso, me quitaron el grado de militante” (16). Este relato nos manifiesta el tipo de elecciones que se le planteaban a una militante mujer, ¿revolución o maternidad? Entendemos que este tipo de contradicciones reflejan cómo la maternidad fue una asignatura pendiente para el PRT-ERP. En otras palabras, si bien la organización proponía un cambio y una crianza compartida de los hijos, sobre las mujeres recaían –en la práctica– las mayores responsabilidades en torno a esta tarea. Por lo tanto, la persistencia de relaciones genéricas tradicionales limitó a las mujeres en su desarrollo político y que se les plantearan elecciones que derivaban de la condición femenina tales como: estudiar o militar, pareja no militante o militancia, maternidad o militancia, entre otras. Es decir que en esta construcción de las mujeres nuevas, a las activistas se les planteaban determinadas elecciones que las relegaban al ámbito privado y que las obligaban a sobreexigirse para afirmarse en el ámbito público.

Por medio del análisis de los testimonios pudimos percibir que las entrevistadas establecían una diferencia en el estilo de hacer política entre sectores estudiantiles y obreros: “[los estudiantes] eran más del estilo de confrontar, de hacerse ver, de ganar una discusión más que hacer que el otro comprenda” (17). Ahora bien, las militantes relacionaron esto con las características de la militancia femenina “creo que también éramos bastante valoradas las mujeres, que por lo general no teníamos el estilo de mayor confrontación y pedantería en ese sentido. Yo tengo el recuerdo de preguntar “¿qué opina la compañera?”, digamos de dar el lugar” (18). De esta manera, Ángela deja entrever las diferencias genéricas en el estilo de hacer política entre varones y mujeres, pareciera que el confrontar y hacerse ver estarían relacionados con el estilo masculino. Julia fortaleció los dichos de Ángela con respecto al estilo femenino de hacer política cuando sostuvo que la actitud de las mujeres en su militancia en el PRT-ERP era la de acompañar, no cuestionar y evitar la confrontación. Ella entiende que el hecho de adoptar una actitud diferente hubiese significado *meter el feminismo*. Sin embargo, pareciera que la falta de cuestionamientos de las mujeres en su actividad militante también pudo haberse visto potenciada por una práctica revolucionaria que se caracterizaba por la rigidez, el esquematismo y la disciplina, además de un estilo femenino menos contestatario frente al poder. Muchas de las entrevistadas también comentaron que el hecho de cuestionar la falta de colaboración por parte de los compañeros en las tareas domésticas o el vestirse de otra manera podía llegar a merecerles el calificativo de “pequeño-burguesas”. Es decir, se aplicaba un adjetivo de clase en respuesta a una problemática genérica.

El calificativo “pequeño- burguesa” tenía una connotación fuertemente negativa y en el caso de las mujeres era usado para descalificar un estereotipo de género femenino (cuestionadora, desafiante, “coqueta”) que no se correspondía con el modelo de mujeres propuesto por la moral revolucionaria del PRT-ERP.

#### 5. Los referentes de esta nueva sociedad

La imagen de Mario Roberto Santucho tuvo un rol fundamental en la constitución de la identidad partidaria. A él se lo describía con muchas de las características del militante modelo del PRT. En el estudio sobre el PRT-ERP, Pablo Pozzi llega a la conclusión que para aquel momento se había producido una “articulación dialéctica entre la cultura partidaria y la imagen de su líder que contribuyó fuertemente a la cohesión de la organización y a la confianza de los militantes [Pozzi, 2001: 161]” (19).

Santucho definía el lugar de las mujeres en la revolución como fundamental, pero lo caracterizaba principalmente como muy duro, sacrificado y difícil. Esto nos permite suponer que la opinión del líder del PRT-ERP estaría relacionada con esta persistencia de roles de género tradicionales dentro de la organización, cosa que él percibía y trataba de combatir. Incluso esta persistencia de

una mentalidad tradicional quedaría evidenciada a través de cómo fueron tratados por la historiografía del período –en su gran mayoría elaborada por ex militantes (20)– los temas relacionados con la vida privada. Las referencias a la vida privada y la cotidianeidad –muy importante en el discurso del PRT (21) como la actividad pública por la exigencia de coherencia entre esos dos ámbitos– es casi inexistente en las producciones del período que provienen de estas vertientes. Si además incluimos nuestra categoría de análisis, podríamos decir que entendemos que en la reconstrucción de la historia del PRT-ERP los autores manifestaron especial interés en el ámbito público donde predominaban los varones militantes. Entonces el ámbito privado, de predominio femenino aparece invisibilizado y con menor importancia porque era considerado menos significativo.

Por lo tanto, la mayoría de los trabajos sobre la organización destacan el desempeño de Santucho dentro del ámbito público, pero son muy pocos aquellos que se refieren a su vida privada. Sin embargo, aquellas entrevistadas que tuvieron la posibilidad de convivir con él manifestaron que –a pesar de la abrumadora actividad que desarrollaba– era uno de los pocos de la dirección que intentaba llevar a la práctica el cambio en las relaciones genéricas. Por ejemplo ellas mencionaron que él compartía las tareas hogareñas o el cuidado de los chicos si tenían que salir a realizar una acción.

A partir de la lectura de los testimonios, podríamos advertir que si bien el comportamiento de Santucho en el ámbito privado puede explicarse como el deseo de un cambio en las relaciones genéricas, también podría verse como una consecuencia de la poca actividad que el líder podía realizar en público a causa de la intensa persecución de la cual era víctima la organización. Debido a ello, Santucho tuvo que vivir en la clandestinidad gran parte de su vida. No obstante, desarrolló una abrumadora tarea de estudio y de organización, pero estuvo siempre limitado en su exposición pública y esto le habría permitido poder colaborar en funciones pertinentes al ámbito doméstico.

Si bien las testimoniadas hablaron de la figura de Santucho como un líder indiscutido, por otra parte hemos tratado de indagar en las entrevistas si existió alguna mujer que se destacara a ese nivel o si las militantes tomaban como referente a alguna mujer al momento de ingresar en la organización. La mayoría de las entrevistadas –tanto las pertenecientes a la base como las de la dirección– que militaron en la provincia de Buenos Aires rescataron la figura de Susana Gaggero, una de las dos mujeres que llegaron a formar parte de los órganos de dirección en 1975 (22).

Emilia o Laura (así conocida por sus compañeras) fue recordada por las entrevistadas como una militante con mucha formación. Mónica la recordó como una buena persona, cálida, muy femenina “a pesar que andaba en cargos importantes” (23). Este testimonio asevera el hecho de que una mujer esté vinculada con el poder no necesariamente hacía que perdiera su lado femenino. La afirmación de Mónica, por otra parte, deja entrever que la cercanía al poder pudo haber generado en otras mujeres una masculinización de su comportamiento, debido a que eran ámbitos donde predominan los varones. Incluso Mónica describió a Susana como una mujer muy relacionada con las problemáticas femeninas, las problemáticas de pareja y de los hijos, y la describió como una líder diferente a Santucho (24). También Julia –quien compartió su militancia con Susana– fortaleció esta imagen al sostener que ella estimulaba mucho a las mujeres para que tomaran la palabra y escribieran. Podemos entender –a partir del testimonio– que ella estimulaba la participación de las mujeres en política y que además bregó por cambiar ese estilo femenino de hacer política. Ella quería lograr una mayor integración e igualdad de las mujeres en el ámbito público y que fueran respetadas desde su condición femenina. Por otra parte, los hombres también recordaron a Susana como una persona muy tierna y decidida que encabezaba operativos. Juan, quien había perdido a uno de sus hermanos, contó cómo fue contenido por Susana e incluso hizo referencia a su actitud maternal para con él (25).

Los tres testimonios que describieron a Susana –la máxima referente femenina en la provincia de Buenos Aires– nos marcaron a una líder diferente en comparación con Mario Roberto Santucho. En esos relatos aparece recordada como una persona que incentivaba a las mujeres en su actividad militante y que estaba involucrada con las problemáticas femeninas. Los varones en cambio, la recordaron como una “super-mamá” que los contenía y ayudaba. En ambas miradas notamos que cuando recordaban a Susana se referían a ella con una mayor confianza, aunque no hubiesen militado con ella. Por otra parte, Santucho fue recordado con mucho respeto y en el relato se evidenció cierta distancia al referirse a su persona por su rol de líder dentro de la organización. El origen de estas diferencias entendemos que está relacionado con los estereotipos de género y la manera misma en la que se construye el poder en las relaciones primarias y el modo en que éste es ejercido por varones y mujeres. En el caso específico del PRT-ERP debemos agregar la influencia de corrientes de pensamiento como el guevarismo.

## 6. Las influencias del guevarismo

El estilo de hacer política tenía relación con la fuerte impronta guevarista que tenía el PRT-ERP, Ernesto Guevara era visto como el máximo referente de la moral revolucionaria. La principal influencia que ejerció el guevarismo sobre la organización fue en la construcción del factor humano de la revolución, es decir, un nuevo modelo de conducta y de ser revolucionario –el guerrillero heroico– corporizado en la práctica del hombre nuevo. Esto apareció reflejado en el documento “Moral y Proletarización” en el cual

se reglamentaba la vida cotidiana y se establecían determinadas pautas de conducta para la vida militante.

Si la figura y el ideario de Ernesto Guevara tuvieron tanta influencia en la elección de muchos militantes por el PRT-ERP, entonces es útil analizar la visión que él proponía de la mujer revolucionaria ya que puede resultar controversial. Su visión era particularmente negativa debido a que –según Guevara– las mujeres constituían un factor de dispersión y peligrosidad para la guerrilla. Había dos razones por las cuales debía evitarse la presencia de las mujeres en las filas guerrilleras. En primer lugar las mujeres despertaban debilidad entre los hombres jóvenes que se encontraban alejados de sus medios habituales de vida y dado que esto era conocido por los dictadores, podía ser utilizado como una ventaja para tratar de infiltrar espías. En segundo lugar, la vida del guerrillero se debía caracterizar por un ascetismo completo, esto implicaba la anulación de la vida sexual del grupo, de allí el hecho de que se prohibiese incorporar mujeres (26).

Podemos decir entonces que el placer, el goce y el deseo eran vistos como la antítesis de las cualidades que debía tener un verdadero revolucionario (el sacrificio, el voluntarismo, la entrega absoluta por la causa y cierto dogmatismo) donde la justicia, la libertad y la verdad ocupaban un lugar primordial. El ideario guevarista también retrataba a las mujeres como débiles, de hecho pareciera que sus únicas funciones serían aquellas puramente femeninas como coser uniformes o preparar la comida (27). Sin embargo, si bien se las consideraba más activas en las zonas liberadas por la guerrilla donde se encargaban de la alfabetización, del desarrollo cultural y de tareas sanitarias (28), entendemos que estas eran tareas derivadas de la maternidad y por lo tanto no significaba la adopción de un rol protagónico en el frente de lucha o bien en la toma de decisiones.

## 7. La militancia femenina en el PRT-ERP

A pesar del perfil guevarista del PRT-ERP, podría decirse que la organización tuvo una visión diferente con respecto a la integración femenina en la militancia. Lo evidencia la cantidad de mujeres en sus filas, esta fue mucho mayor que en aquellos primeros intentos guerrilleros. Se habla de que un 30% o 40% (29) de los militantes del PRT-ERP eran mujeres (30). Pero lo más importante –tal vez sea– que son las propias entrevistadas las que reconocieron que la organización tenía una mentalidad *de avanzada* en cuanto al tema de las relaciones genéricas, en comparación con el resto de la sociedad. Dos testimoniantes –Mabel y Alejandra– explicaron por qué la organización estaba *un paso adelante* en cuanto a la igualdad entre varones y mujeres con respecto al resto de la sociedad. Mabel, quien militó en Santiago del Estero hizo referencia a que ella comenzó a militar en el PRT-ERP porque sentía que planteaba otra manera de ver a las mujeres *con todas las problemáticas femeninas y teniendo en cuenta sus particularidades de género* (31). Alejandra nos contó cómo las militantes podían desarrollar actividades impensadas por el resto de la sociedad: “Además vos capaz estabas desarmando a un cana y tenías a dos compañeros bajo tus órdenes y estabas desarmando un cana, en relación con la situación de las minas en el resto de la sociedad estábamos... Muy de avanzada para la época, vos te sentías igual que al varón” (32).

Sin embargo, este avance no fue suficiente para lograr una total igualdad, pues algunas reconocieron que de hecho sí se les presentaban determinadas dificultades o elecciones a las mujeres para poder militar; como por ejemplo abandonar la casa de sus padres. Muchas de las entrevistadas plantearon el tema de la juventud y la corta edad que tenían en el momento que comenzaban a militar y se iban de sus hogares paternos. La cuestión de la seguridad se entrelazaba con esta temática. La clandestinidad que se veían obligadas a adoptar por la intensa persecución política de la que eran víctimas, las llevaba a perder el contacto con la familia por temor a que ellos sufrieran algún tipo de represalia por parte de las fuerzas de seguridad contrarias al proceso revolucionario. Este distanciamiento de la familia podía producirse en el caso de los varones sin generar demasiada contradicción. Sin embargo, entendemos que para las mujeres la situación debe haber sido mucho más conflictiva debido a que estaban más ligadas al núcleo familiar, y que sólo se separaban cuando formaban su propio hogar. Este distanciamiento significaba una postura que rompía absolutamente con los moldes tradicionales y era una importante decisión a tomar. Incluso muchas de ellas hablaron acerca de lo difícil que les resultó –desde la clandestinidad– vivir sin el contacto con sus familiares, la necesidad que sentían de tomar contacto con los círculos íntimos y cómo vivían la desesperación de sus padres por saber dónde se encontraban ellas. Esta situación las llevó muchas veces a romper con normas de seguridad y realizar llamadas telefónicas a sus padres o encontrarse con ellos en algún lugar público para darles tranquilidad.

También para las mujeres la militancia influía en la decisión de seguir o no con el compañero que no militara. Sin embargo, entendemos que el militante varón no solía tener este tipo de dificultades, es decir, incluso si su mujer no era de la organización y sólo acompañaba a su pareja no se le generaban cuestionamientos tan profundos como para abandonar su actividad política. Esto nos remitiría a una diferencia genérica, el varón se volcaba a la militancia y poco participaba de las tareas domésticas, de hecho en el ámbito obrero era bien visto si la mujer no se comprometía y se dedicaba al cuidado de los hijos. En cambio, la falta de apoyo del compañero o el núcleo familiar en la actividad militante de las mujeres les imposibilitaba seguir creciendo en el ámbito político, puesto que necesitaban de su ayuda para poder realizar las tareas del ámbito privado y así contar con tiempo para

insertarse en actividades propias de la esfera pública.

También se les planteaba a las mujeres la contradicción entre la práctica militante y el hecho de si debían o no continuar estudiando en la universidad. Muchas de las entrevistadas sostuvieron que el compromiso con la militancia era tan fuerte que se transformaba en la actividad principal, y se vieron obligadas a abandonar sus carreras. Lo paradójico de esta afirmación reside en que en una época donde existía una revolución a nivel cultural y se produjo un ingreso masivo de mujeres en el ámbito universitario (33), estas mujeres se veían a la vez, en la situación de tener que dejar sus estudios.

Otra elección que se les planteaba a las mujeres que militaban desde los inicios de la organización, y eran esposas de integrantes de la dirección del partido, era el cuidado de los hijos. Claudia, esposa de un integrante del Buró Político –organismo de dirección del PRT-ERP–, recordó cuando su esposo se fue a Cuba a recibir entrenamiento y ella se quedó sola y crió a sus dos hijos (una niña y un varón) de menos de tres años. Ella nos manifestó lo difícil que era desarrollar la militancia para las mujeres con hijos porque no contaban con el apoyo de los maridos. Por lo tanto las mujeres se veían obligadas a buscar nuevas estrategias –como ayuda de amigas, una niñera o familiares– para sortear esas dificultades. Esta situación da cuenta de una contradicción importante entre lo que era el discurso de la organización y la puesta en práctica. Además de cómo las militantes –para continuar con su desarrollo político– tenían que delegar parte de las funciones domésticas en otra persona. Sin embargo, en estos círculos de poder las mujeres habían comenzado a tomar conciencia de que la experiencia militante femenina tenía sus límites y buscaron estrategias para poder superarlos como por ejemplo “la maternidad socializada”. Es decir, ellas compartían con otras mujeres el cuidado de los hijos, como afirmó Claudia: “terminamos haciendo una especie de cofradía, porque lo que hacíamos era ayudarnos entre nosotras”.

En “Moral y Proletarización” –documento que reglamentaba la vida cotidiana de los militantes del PRT-ERP– se sostenía la importancia de la crianza comunitaria de los hijos en la vida militante. Los hijos de todos los compañeros debían criarse en una familia revolucionaria. De acuerdo con las entrevistadas que habían estado presas antes de 1973, esta metodología ya era común en la cárcel: “Sí, eso existió y existió mucho en el penal, o sea, las compañeras que tenían chicos dentro del penal en el pabellón 49 y eso se llevo un poco hacia fuera” (34). Parecería que la maternidad socializada fue una práctica concreta de las mujeres encarceladas y que luego fue tomada por el PRT. Además es preciso recordar que la persona que escribió este documento, Julio Parra, era un preso político de Rawson perteneciente al PRT y que este documento fue escrito entre 1971-1972. Podríamos afirmar entonces que una práctica concreta surgida de la experiencia femenina en la militancia fue de hecho tomada por el PRT para elaborar su propia teoría política, o al menos intentarlo. Sin embargo, esta práctica de avanzada en la política –que surgió como parte de una “nueva sociedad”– fue adoptada por las mujeres como una estrategia para equilibrar las diferencias genéricas que les implicaba mayores responsabilidades por el hecho de que eran madres. Por lo tanto, esta práctica de la “maternidad socializada” parecería que fue implementada, sobre todo, en los estratos superiores de la organización, donde había muchas activistas mujeres que tenían una extensa militancia y ya tenían hijos.

Por último, los deseos contrapuestos entre lo que se quería y lo que se debía hacer marcó una lucha interna dentro de las propias entrevistadas entre mandatos tradicionales –como ser madre, ama de casa y esposa– y el compromiso con una causa revolucionaria, que demandaba un fuerte sacrificio de los antiguos roles femeninos y la inserción en un ámbito nuevo, el de la militancia. Algunas lo vivieron como algo natural y otras con contradicciones. Ángela, vivió por momentos esa conflictividad en su militancia sobre todo cuando estaba en la clandestinidad, acrecentada por el hecho de estar desempleada y desvinculada de su familia. Ella nos dijo: “Yo tengo el recuerdo de ir caminando por una calle y mirar casas con cortinas y pensar “¡cómo me gustaría tener una casa con cortinas y tener hijos!”. Tengo el recuerdo de desear, por ejemplo, al pasar por un barrio con casas, chicos y familias...” (35).

Todos estos testimonios nos muestran cómo vivieron la militancia las mujeres dentro del PRT-ERP. Allí aparecen fuertes contradicciones entre lo que querían y lo que se suponía debían hacer, los deseos revolucionarios o los mandatos tradicionales – ser madres y esposas–, el acceso a ámbitos vedados para la mujer hasta ese momento –como el universitario– o un compromiso revolucionario y los resabios de machismo que muchas veces las condicionaba. Por consiguiente esta nueva visión de la política revolucionaria de los años 70 desde una perspectiva de género nos permite enriquecer la comprensión del período, abriendo nuevos interrogantes sobre cuestiones que parecían ya resueltas y visualizar a nuevos sujetos políticos como las mujeres invisibilizadas en las producciones del período que complejizan aún más la etapa.

## Notas

[1] La presente elaboración forma parte de una investigación más amplia (una tesis de grado) titulada: La política revolucionaria de los años 70 ¿y las mujeres para cuándo? Se basa en 22 entrevistas a ex militantes (20 mujeres y 2 hombres) del PRT-ERP (Partido Revolucionado de los Trabajadores-

Ejército Revolucionario del Pueblo), realizadas entre junio del 2006 y febrero del 2007. Estas mujeres se desempeñaron en su gran mayoría (18) como militantes en la provincia de Buenos Aires, lo que nos permitió tener una primera aproximación de las características que tuvo la militancia femenina del PRT-ERP en aquella provincia.

(2) Scott, Joan, "El género: una categoría útil para el análisis histórico", en Cangiano, María Cecilia, Dubois Lindsay (comp.), *De mujer a género. Teoría, interpretación y práctica feminista en las ciencias sociales*, p.p. 17-50, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980.

(3) Scott, J., *op. cit.*, pp. 37-38.

(4) Lamas, Marta, "Usos, dificultades y posibilidades de la categoría género," México, Pueg / Porrúa, 1996, p. 344.

(5) Scott, J., *op. cit.*, p. 38.

(6) Carole Pateman realiza un análisis de este tema poniendo en tela de juicio la separación y la oposición entre lo público y lo privado. Pateman, Carole, "Críticas feministas a la dicotomía público y privado", en Castells Carne (comp.), *Perspectivas feministas en teoría política*, Buenos Aires, Paidós, 1996.

(7) Basada en el dinero –principal mercancía– y cuya característica fundamental era el individualismo. Fragmento de "Moral y proletarización", De Santis Daniel, *A vencer o morir. Historia del PRT-ERP, documentos*, Buenos Aires, Eudeba, 1998, Tomo 1, Volumen 2, pp. 95-96.

(8) De Santis, D., *op. cit.*, p. 97.

(9) De Santis, D., *op. cit.*, p. 99.

(10) Entrevista a Natalia (11/10/06) es el seudónimo de una militante del PRT-ERP.

(11) "Vos tenías que comportarte no solamente como dirigente político y hacer política y combatir; sino también tu familia era un reflejo, lo que hacías en tu vida privada era parte de esa moral". Entrevista a Mariana (13/02/07), es el seudónimo de una militante del PRT-ERP.

(12) Entrevista de la autora a Juan (08/01/07).

(13) Pozzi define la autocritica como la principal forma de ejercer el control social sobre la organización, además de cohesionar a los militantes en torno a criterios compartidos, pautas culturales y morales aceptadas por el grupo. Pozzi, Pablo, "Por las sendas argentinas..." *El PRT-ERP. La guerrilla marxista*, Buenos Aires, Eudeba, 2001, p.150.

(14) Entrevista de la autora a Claudia (18/01/07).

(15) De Santis, D., *op. cit.*, p. 94.

(16) Entrevista a Claudia (18/01/07).

(17) Entrevista de la autora a Ángela (24/10/06).

(18) *Ibidem*, Angela.

(19) Pozzi P., *op. cit.*, p. 161.

(20) Se está haciendo referencia a: Caviasca, Guillermo, *Dos caminos. ERP-Montoneros en los setenta*, Buenos Aires, Ediciones CCC, 2006; Gorriarán Merlo Enrique *Memorias de Enrique Gorriarán Merlo. De los setenta a la Tablada*. Buenos Aires, Planeta, 2003; Mattini, Luis, *Hombres y mujeres del PRT-ERP*, Buenos Aires, Contrapunto, 1990; Partido Revolucionario de los Trabajadores, *Historia del PRT*, Buenos Aires, Editorial 19 de Julio, 1989; Pittaluga, Roberto, "La historiografía sobre el PRT-ERP, *El Rodaballo*, N 10, Buenos Aires, verano 2000, pp. 36-46; Plis-Sterenber, Gustavo, *Monte Chingolo. La mayor batalla de la guerrilla argentina*, Buenos Aires, Planeta, 2003; Pozzi, Pablo, "Por las sendas argentinas..." *El PRT-ERP. La guerrilla marxista*, Buenos Aires, Eudeba, 2001; "Los Perros. La cultura guerrillera del PRT-ERP", *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, Vol. 1, n 2, noviembre 1996, pp. 101-124; Santucho, Julio, *Los últimos guevaristas*, Buenos Aires, Punto Sur, 1986; Seoane, María, *Todo o nada. La historia secreta y pública de Mario Roberto Santucho, el jefe guerrillero de los años setenta*, Buenos Aires, Planeta, 1991.

(21) Se toma como referente el documento "Moral y Proletarización".

(22) Susana, quien en aquél momento era estudiante de Psicología en la Facultad de Humanidades de Rosario, había sido influenciada ideológicamente – como toda su generación– por el triunfo de la Revolución Cubana. En 1962 ella conoció a quien sería su primera pareja, Luis Pujals. Para 1963 se incorpora a Palabra Obrera, grupo político que se uniría con el FRIP (Frente Revolucionario Indoamericano Popular) y formarían el PRT. En 1965 ella participa en el Congreso de fundación del PRT como representante de la Regional Rosario y aparece como una clara dirigente estudiantil. A partir de 1970 Susana comenzó a desarrollarse en el movimiento obrero pero la trágica muerte de su pareja en 1971 –quien fue secuestrado y muerto en la tortura– hizo que se volcara al reclamo por la libertad de los presos políticos en todos los ámbitos políticos y sociales. Luego continuó su militancia asumiendo –como responsable política– distintas direcciones regionales de la provincia de Buenos Aires hasta que en 1974 muere su segundo marido Guillermo Pérez. A pesar de su vasta experiencia como militante recién en 1975 el Buró Político resolvió designarla Responsable Nacional de Solidaridad. En 1975 es invitada a participar en el Comité Central Vietnam Liberado, quien la nombra miembro del Comité Central (...). Cae abatida en manos de las fuerzas de seguridad cuando es tomado por sorpresa el lugar donde se estaba llevando a cabo dicho plenario. Biografía de Susana Gaggero en: "Susana Gaggero: Laura", en *El Combatiente*. N 213. 21/04/1976.

(23) Entrevista de la autora a Mónica (09/09/06).

(24) "Le daba pelota a las problemáticas que tenían las compañeras con sus respectivos maridos, con situaciones de infidelidad, con situaciones de muerte de los compañeros, con situaciones problemáticas de sus familias por el tema de los hijos". Entrevista a Mónica (09/09/06).

(25) "(...) Yo lo que me quedó marcado de Laura fue la ternura con la que me trató, parecía una mamá o una hermana mayor pero ¡vos no sabés! Me acuerdo que me preparó un plato de milanesas con puré, con tomates, se acercó, me preguntó y me dijo "Los tomates ¿te gustan con orégano? Si a vos te gustan con orégano no hay, pero voy a la verdulería y lo compro" y se sentó al lado mío y me decía "Comé, tenés que comer, alimentate; después si querés podés hablar lo que quieras hablar, si querés hablar de tu hermano, hablamos". Vos no sabés, un poco más hasta las 3 de la mañana, se caía de

sueño. Yo, por supuesto, no me podía dormir, me acariciaba y me hablaba, ese tipo de cosas.” Entrevista a Juan (08/01/07). El resaltado es nuestro.

(27) Rot, Gabriel, *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2000, p.107. Al respecto el Che puntualiza: “el revolucionario que está en situación clandestina, debe ser un perfecto asceta, y además vive para probar una de sus cualidades...como es la disciplina. Si un individuo reiteradas veces burla las órdenes de sus superiores y hace contactos con mujeres... debe separarse inmediatamente. Guevara, Ernesto. *Escritos y discursos*. La Habana, Ediciones de Ciencias Sociales. Instituto Cubano del Libro, 1972. Tomo I, p. 166. El resaltado es nuestro.

(28) Rot, G., *op. cit.*, p. 107.

(29) Estos datos surgieron a partir del testimonio de las/los entrevistadas/dos. Sobre un total de 7 entrevistados y entrevistadas que tuvieron cargos de responsabilidad o estuvieron vinculados con el poder, 4 sostuvieron este porcentaje de mujeres en el PRT-ERP.

(30) Incluso Pablo Pozzi, llega a sostener que para 1975 un 50% de los miembros del PRT eran mujeres. Pozzi, Pablo, “Los Perros. La cultura guerrillera del PRT-ERP”. *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, vol. 1, n 2, noviembre 1996, p.111. Aclaración: Si bien el autor toma como válida este porcentaje de militantes femeninas para 1975, esta cifra pudo verse influenciada por una situación coyuntural, tales como la intensa represión de la cual es víctima la organización en ese momento. A causa de ello el gran porcentaje de mujeres dentro de las filas del PRT-ERP pudo deberse a que la mayoría de los activistas varones estaban presos, muertos o desaparecidos.

(31) Entrevista de la autora a Mabel (11/11/06).

(32) Entrevista de la autora a Alejandra (11/11 /06).

(33) Véase los siguientes artículos sobre el ingreso de mujeres a los ámbitos universitarios: Palermo, Alicia, “La educación universitaria de la mujer. Entre las reivindicaciones y las realizaciones”, en *Alternativas*, pp. 175-189, Año III, N 3, octubre del 2000.

(34) Entrevista de la autora a Ana (30 /11/06).

(35) Entrevista a Ángela (24/10/06).

## Bibliografía

Caviasca, Guillermo, *Dos caminos. ERP-Montoneros en los setenta*, Buenos Aires, Ediciones CCC, 2006

De Santis, Daniel, *A vencer o morir. PRT-ERP. Documentos*, Buenos Aires, Eudeba, 1998.

Gorriarán Merlo, Enrique, *Memorias de Enrique Gorriarán Merlo. De los setenta a la Tablada*, Buenos Aires, Planeta, 2003.

Lamas, Marta, “*Usos, dificultades y posibilidades de la categoría género*,” México, Pueg / Porrúa, 1996.

Mattini, Luis, *Hombres y mujeres del PRT-ERP*, Buenos Aires, Contrapunto, 1990.

Pateman, Carole, “Críticas feministas a la dicotomía público y privado”, en Castells Carme (comp.), *Perspectivas feministas en teoría política*, Cap. 1, Buenos Aires, Paidós, 1996.

Palermo, Alicia, “La educación universitaria de la mujer. Entre las reivindicaciones y las realizaciones”, en *Alternativas*, pp.175-189, Año III, N 3, Buenos Aires, 2000.

Partido Revolucionario de los Trabajadores, *Historia del PRT*, Buenos Aires, Editorial 19 de Julio, 1989.

Pittaluga, Roberto, “La historiografía sobre el PRT-ERP”, en *El Rodaballo*, pp. 36-46, N 10, Buenos Aires, 2000.

Plis-Sterenber, Gustavo, *Monte Chingolo. La mayor batalla de la guerrilla argentina*, Buenos Aires, Planeta, 2003.

Pozzi, Pablo, “*Por las sendas argentinas...*” *El PRT-ERP. La guerrilla marxista*, Buenos Aires, Eudeba, 2001.

-----, “Los Perros. La cultura guerrillera del PRT-ERP”, en *Taller* (Revista de Sociedad, Cultura y Política), pp. 101-124, Vol. 1, N 2, Buenos Aires, 1996.

Santucho, Julio, *Los últimos guevaristas*, Buenos Aires, Punto Sur, 1986.

Scott, Joan, “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, en Cangiano, María Cecilia, Dubois Lindsay (comp.), *De mujer a género. Teoría, interpretación y práctica feminista en las ciencias sociales*, pp. 17-50, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980.

Seoane, María, *Todo o nada. La historia secreta y pública de Mario Roberto Santucho, el jefe guerrillero de los años setenta*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2003.

PAOLA ELIZABETH MARTÍNEZ

Profesora en Historia, título otorgado por el Instituto Superior del Profesorado (Joaquín V. González, Buenos Aires, Argentina).

Licenciada en Historia, título otorgado por la Universidad de Buenos Aires.

Miembro de la sección de Historia Reciente en la *Latin American Studies Association* (LASA).